

limón y agriado el cuello, / sufre en la greña del membrillo mozo, / y no hay para la rosa mayor gozo / que ver sus piernas de espinado vello» (del soneto 2); o también, por ejemplo: «Nace en las ingles un calor callado, / como un rumor de espuma silencioso. / Su duro mimbres el tulipán precioso / dobla sin agua, vivo y agotado» (del soneto 5).

En términos generales, Rafael Alberti escribió siempre una poesía muy relacionada con los temas y formas populares. Sus tres primeros libros, *Marinero en tierra* (1924), *La amante* (1925) y *El alba del alhelí* (1925-1926) ostentan una clara influencia del *Cancionero castellano*. El poeta, versado en las lecturas de Gil Vicente y en los cancioneros musicales de los siglos XV y XVI, (*Cancionero de Barbieri*), muestra su airosa huella, ahora, en las composiciones gráciles, aladas, de su libro *Entre el clavel y la espada*. En su capítulo «Metamorfosis del clavel» podemos deleitarnos con donosos poemas cantarinos como «Junto a la mar y un río en mis primeros años», o como «Me fui», o «El caballo pidió sábanas», o «Se equivocó la paloma», o «Al alba, se asombró el gallo», o «Mamaba el toro, mamaba», o también «Bailecito de bodas». Siempre son subjetivas las preferencias y predilecciones. Pero ¿qué duda cabe del encanto que encuentro en su famosísima canción?: «Se equivocó la paloma. / Se equivocaba. / Por ir al norte fue al sur. / Creyó que el trigo era agua. / Se equivocaba. / Creyó que el mar era el cielo; / que la noche, la mañana. / Se equivocaba. / Que las estrellas, rocío, / que la calor, la nevada. / Se equivocaba. / Que tu falda era tu blusa, / que tu corazón, su casa. / Se equivocaba. / (Ella se durmió en la orilla. / Tú en la cumbre de una rama)». O, ¿qué duda cabría del singular gracejo cacofónico, copia de ritmo rápido y menudo, contenido en ese imponderable «Bailecito de bodas»? «Por el Totoral, / bailan las totoras / del ceremonial. / Al tuturuleo / que las totorea, / baila el benteveo / con su bentevea. / ¿Quién vio al picofeo / tan pavo real, / entre las totoras, / por el Totoral? / Clavel ni alhelí, / nunca al rondaflor / vieron tan señor / como el venteví». Terminando así, alegremente: «Por el Totoral / bailan las totoras / del matrimonial».

Entre el clavel y la espada, como su propio nombre indica, es un libro también de rozaduras y aguijones, de recuerdos nublados y nostalgias punzantes. El capítulo «Toro en el mar», subtítulo *Elegía sobre un mapa perdido*, es una buena muestra de ello. Como lo es tam-

bién ese capítulo que sigue, denominado «De los álamos y los sauces», y que escribió *En recuerdo de Antonio Machado*. Ahora ya, en las finales páginas del libro, es cuando comprendemos de verdad la razón de su nombre. A los impulsos del vivir, a la fragancia del *clavel*, a la alegría compulsiva, remediadora, estetizante de sus versos primeros, sigue ahora el alerta del dolor, de ese dolor aún no curado. La *espada* sigue así, entre las nostalgias inmediatas y las secuelas de la triste guerra. Hay en este libro una poesía del clavel, la poesía estetizante de los versos primeros. Pero también existe en él la poesía de una herida abierta. Libro de transición sentimental: se advierte claramente el aligeramiento de los lutos, las ganas de vivir, la distracción de la tragedia en los bellos reclamos de la vida. «Del pensamiento en un jardín», resumen de este dolor oscuro y de esta clara bizma para el alma, es un noble poema, dolorido y balsámico a un tiempo, desde el que grita alentador a José Bergamín:

¿Es que quizás sonó para el planeta
el clarín de las zarzas y los cardos
y le llegó su fin a la violeta,

firmándose una ley marcial, oscura,
contra las azucenas y los nardos,
bajo la yedra alzada en dictadura?

Dictadura, lo que fue dictadura, ni el mismo Alberti iba a suponer que duraría tanto. Y sin embargo él, en el jardín del sentimiento, seguía arengando al arte, a la cultura, al toro de la patria malherida, a la memoria afable de Machado, a ese triste destierro de Bergamín en México:

No puede ser el hombre una elegía
ni hacer del sol un astro fallecido.

Así cantaba Rafael, inclito, rodeado de la memoria de los muertos. Tal vez esa esperanza, junto con la esperanza de los seres anónimos, de los queridos hombres de la calle y del campo, haya fructificado como la flor en alta enredadera, como los pensamientos más hermosos. Toda esta pena y esta gloria, entre la *espada* y el *clavel*, de nuevo ahora, releyendo sus versos, la hemos revivido. Creo, sinceramente, que este es uno de sus mejores libros.

Rafael Soto Vergés

Pleamar

Su llamativa variedad, tanto formal como temática, puede ser la más señalada característica, como asimismo el primer aliciente, de *Pleamar*. Reparemos de entrada en este título, y en que su marítima y nostálgica gaditanía, uno de los muchos elementos del libro, se declarará apenas abrirlo, en sus dos primeros versos, donde la hija recién nacida es confiada a la protección de la «madre mar gaditana», directamente mencionada también en la cuarta sección, «Cármenes», así como en «Arión», el segundo apartado de *Pleamar*. A éste, además, cabe emparentarlo con el libro venidero *Ora Marítima* y tal vez en mayor medida con el inicial y ya lejano *Marinero en tierra*, al que también protagoniza esa lírica, confiada y entre alegre y algo melancólica identificación con la mar que hallamos en «Arión» y que es, sobre todo, esta mar de Cádiz, como Rafael Alberti ha hecho constar a lo largo de su vida y obra. En ella, tal identificación nativa se ha manifestado y manifiesta casi siempre de modo explícito, rotundo, aunque en ocasiones comparezca de forma tan sutil que incluso al autor haya podido pasarle inadvertida, como espontáneo y veloz reflejo subconsciente, alguna que otra referencia a su entorno de niño y de muchacho. Muy contados lectores de *Pleamar* serán, por ejemplo, los que puedan evocar o habrán recordado el añejo y marinero restaurante portuense de singular nombre, en ese trascendido «Resbaladero» que como un relámpago surge y pasa, hecho metáfora, en el añorante poema «Hemisferio Austral».

Pero volvamos a la pauta básica con que empezamos considerando el conjunto del libro: su diversidad, su promiscuidad, diríamos, aunque restando de esta última palabra el peyorativo sentido de confusión que suele avinagararla.

Esa variedad, esa fundamental diferencia entre las abundantes secciones, temas y tonos de *Pleamar* puede, quizá, y en buena parte, serle atribuida a dos factores:

1. Su momento especialísimo, es decir, el de la vida del poeta, momento en el que confluyen vivencias tan intensas, y también tan diferentes entre sí, como puedan serlo el estreno de la paternidad, el asentamiento americano, la aparición desazonante de «las primeras canas» («Mar, frente a ti he echado, ¡ay!, las primeras canas») y, por decirlo muy a la andaluza, el enfriamiento de los moretones, cardenales, verdugones de la guerra española y el exilio, madurados ya y dañadores: también Rafael Alberti entonces, como el mar de su «Arión», «ronco, y hasta sin voz, de escupir muertos...»

2. La inveterada, extraordinaria versatilidad literaria del autor, esas monstruosas orejas, música de lenguaje, capacidad de inquietud y de captación, que le permiten transitar con propiedad por muy distintas latitudes de la poesía, como de la prosa y aún de otras artes. Doctores en ello, y que de ello se están aquí ocupando, tiene para dar y tomar este donoso cónclave, así que bástenos oír ahora que, por lo que se refiere a *Pleamar*, hay en este libro muestras inequívocas de casi todas las anteriores andaduras poéticas de Rafael, desde su neopopularismo y neoclasicismo más reconocibles, a una vanguardia en vigencia aún como tal. La canción y el romance tradicionales, la seguidilla, el soneto contundente (en el libro que nos ocupa, de obvios y dramáticos reflejos quevedescos), las métricas y las rimas canónicas, navegan por esta *Pleamar* coronada de dolientes, gráciles y alentadoras espumas, como también boga en ella la suelta prosa poética (con perdón: debo averiguar bien por qué me choca la expresión «poema en prosa») de siguientes y más libres escrituras albertianas. Tan inquieto, abarcador y multiforme se muestra el conjunto de *Pleamar* que incluso acaba demandando en su última parte, «Invitación a un viaje sonoro», la directa colaboración de música instrumental, con partituras que el poeta especifica y que ilustran sus pasajes, en alternada combinación de verbo y música tal en *Las siete palabras*, escritas por Joseph Haydn para el Oratorio de la Santa Cueva de Cádiz. Y no menos profusa, como ya sugerimos, se muestra en el libro la oferta de temas, cuyo repaso, por muy breve, resultaría ahora largo.

Pero hagamos notar otros dos rasgos de *Pleamar*, aparte del de su diversidad. Por un lado, lo que el libro tiene de anunciador (sea en asuntos como en tonos) de obras posteriores de Rafael Alberti, y tan distintas a su vez como la inminente *A la pintura* o las más distantes, *Retornos de lo vivo lejano* (es libro cimero, creo) y *Ora marítima*. Y, por otra parte, un cierto flanco confidencial o, mejor dicho, confesional, felizmente enigmático a rachas, pero siempre impactante, quizá no explayado en libros posteriores o anteriores del autor con la intensidad, la «actualidad» personal y la remoción emotiva con que en *Pleamar* salta de improviso. No tengo dudas (y ahora no pediré disculpas por la digresión) del atractivo estudio que, se me ocurre, pudo haber urdido con estos aspectos de *Pleamar* un gran ausente portuense de este congreso, poeta él mismo e incesante amador y estudioso de la poesía albertiana: José Luis Tejada. Con él precisamente comenté alguna tarde la impresión peculiar que, desde echarle ojo hace tanto tiempo, me causó esa sección de *Pleamar* que se llama «Tirteo», el cojo mitológico, esa parte del libro provista de versos «a los que faltan pies, pero no el alma», según avisa el poeta en su comienzo. Y tanto que sí. En efecto, una desterrada pesadumbre y una quemante memoria de la guerra nutren la mayoría de los versos o brevísimos poemas de «Tirteo», mientras que hay otros, y no pocos, en los que la «falta de pies», así como la sobra de alma dan lugar a contenidos —¡y contenedores!— poéticos del todo acordes, está claro, con el carácter y el tono del contexto, pero refractarios a explicaciones, a interpretaciones o a análisis usuales. Muchos de los misterios, la mayoría, creo, de *Sobre los ángeles* provienen más bien de la estética y la literatura; estos otros dispersos por «Tirteo» son viscerales, se diría, sin pérdida de la destreza. Rechazan —como aquéllos— cualquier intromisión de lógicas racionalistas. Son sólo arte en cueros vivos, *poesía pura* pese a quien pesare la añeja cuanto cabal expresión, lo mismo que es arte puro un grito aislado de cante verdadero o el brochazo libérrimo, inexplicablemente válido y rebelde, que vivifica el cuadro.

¡Ay raza, de qué raza, de qué madre!

Es un verso endecasílabo y un poema íntegro, como lo es el compuesto por los dos endecasílabos siguientes:

¿En dónde está ese vientre, triste cueva,
ese varón, aquel instante oscuro?

Y algo más adelante, en texto también íntegro de siete y once sílabas:

Tal vez lllore algún día
estas bridas que aquí matan mis versos.

Poemas que son una nueva y excelente prueba de la indómita insujeción de cierta poesía de alta tensión a las pobres convencionales falsillas de una crítica inútilmente empecinada en medirle los huesos y contarle los glóbulos rojos. Realidad incapturable en su esencia, y tan prodigiosa como nos lo hubiera sido la notificación de estas jornadas a los poetas de la revista *Platero* cuando, cuarenta y más años atrás, nos acodábamos ahí al lado, en la balaustrada de la Alameda, a ver si venía por la mar un Rafael Alberti pasado en clandestinas copias a mano, desconocido hasta en fotografías y al que temíamos no llegar a ver nunca.

Fernando Quiñones

A la pintura

Cuando en septiembre de 1945 se termina de imprimir la primera versión de *A la pintura*, Rafael Alberti y María Teresa León llevaban ya cinco años viviendo en la Argentina. La Segunda Guerra Mundial, que les había